

Capítulo 9 - Luces pálidas

- Capítulo 9 - Luces pálidas

Capítulo 9 - Luces pálidas

No habían abandonado el campamento hacía media hora cuando la situación empeoró.

"Concordamos en juntar a nuestros hombres, Ferranda", gritó Augusto Cerdan. "¿Vas a romper tu palabra?"

"No di ninguna palabra", respondió Lady Ferranda Villazur con calma, "y no rompo nada. Si tú, Cerdan, asumiste eso, corre por tu cuenta."

El mayor de los hermanos Cerdan era quien vociferaba más fuerte, pero no era a quien Angharad temía. En dos ocasiones, Remund intentó captar la mirada de Cozme Aflor, para darle una orden en silencio, y solo la obstinada pretensión del sirviente de no haberlo notado evitó que ese desastre se concretara. Isabel se había retirado detrás de sus sirvientas, con prudencia, pero el resto de los infanzones estaban a punto de enfrentarse a golpes: Lady Ferranda y su cazador contratado, Sanale, a un lado, y los Cerdan junto a sus sirvientes al otro.

El mozo de los Cerdan, Gascon, sacó una pistola de su librea azul y roja, y su imponente bigote se erizó con la furia de sus amos. Lord Augusto no había desenfundado su espada, pese a su rostro enrojecido, pero la mano izquierda de su hermano menor permanecía oculta bajo su capa y, a simple vista, parecía que sujetaba una pistola o un puñal. El maestro Cozme, el verdadero luchador de todos, había evitado conscientemente coger un arma, pero Lady Ferranda mantenía una mano sobre el pomo de la esbelta espada en su cadera. Ella debía sentir el peso de la multitud que se le oponía.

"Ahora se vuelven contra nosotros, y lo recordaremos, Villazur", soltó Remund con desprecio. "Toda vuestra casa sentirá la ira de los Cerdan."

Los dientes de Angharad cerraron con fuerza. Eso, pensó, era un paso demasiado lejos. Por el disgusto abierto en el rostro de Song y la expresión vacía de Brun, no era la única que pensaba así. Los ojos de Lady Ferranda se volvieron fríos.

"¡Cuidado con tu lengua, venenosa infante!", exclamó. "Si vuelves a amenazar a mi familia, te juro por los Manes que habrá sangre."

Remund sonrió, con la mirada llena de triunfo.

"¿Vieron?, les dije que ella estaba en nuestra contra", anunció el Cerdan a todos. "Por lo que sea, ella fue quien mató a aquel campesino Tianxi. ¿Y si vuelve en la noche a atacarnos? No podemos dejarla libre."

Angharad había dudado en intervenir, pues los asuntos de los infanzones eran de su jurisdicción, pero cuando la reclamación de Remund fue respondida con el sonido de Ferranda Villazur

desenvainando su rapier, supo que había pasado el momento de la cortesía. Carraspeó, tensando los hombros.

"Tienes una acusación grave, Señor Remund", dijo Angharad. "Por favor, prueba o retira esa acusación."

La mirada intensa del infanzon recorrió a la multitud, y en ese instante su rostro se enrojeció aún más. El Cerdan había ganado pocos amigos, y ninguno ahora respaldaba la acusación imprudente del más joven. Remund tiró de la alta flor de su doblé azul, nervioso, al notar que quizás carecía de defensores.

"Estamos aquí por nuestra benevolencia, Tredegar", empezó. "Tú—"

Brun dio un paso decidido hacia Angharad, con el hacha en la mano. La vista de ella hizo que Remund se quedara sin palabras.

"También quiero escuchar tu prueba, Señor Remund", dijo Brun.

Los ojos plateados de Song burnieron contra el costado del rostro de Angharad durante un largo momento, antes de que la Tianxi, con pereza, se acercara un poco a ambas. No tomó su mosquete, pero la señal era clara.

"Mi hermano habló con ira y se avergonzó a sí mismo," interrumpió de repente Augusto Cerdan. "Nunca tuvo la intención de manchar la reputación de la Lady Ferranda."

El rostro de Remund se torció con furia, tan enfadado como con su ahora sonriente hermano, o incluso con la misma Angharad. Ella sostuvo su mirada, sin impresionarse. Aunque era cierto que la compañía reunida al inicio del juicio había terminado, y también la promesa de no violencia entre ellos, la Lady Ferranda no les había dado motivo alguno para desenvainar sus armas.

"¿Retiras tu acusación, Remund?" soltó con dureza la de cabello dorado, Villazur.

Un movimiento a un lado cuando Isabel pasó junto a sus doncellas, saludando con la cabeza.

"Por supuesto que sí, Ferranda, no seas tonta," dijo Isabel. "Sabes cómo son los humores de los hombres, solo se enfureció porque te ibas de nosotros. Estoy segura de que lo lamenta mucho."

Hubo una pausa.

"Naturalmente," dijo Remund tras un instante. "Es como dice Isabel."

Y así, Angharad observó, fue eximido de tener que retractarse y pedir perdón con sus propias palabras. Ingenioso, si la intención de Isabel era evitarle mayores humillaciones, pero los labios del Pereduri se fruncieron. El honor de uno no debería quedar en manos de otros. La artimaña le recordó demasiado las historias que su madre le había contado sobre la corte de la Reina Suprema, sobre cortesanos que confesaban las malas acciones de sus patronos izinduna para que el honor de estos ilustres personajes no fuera manchado. Era un tipo de astucia mezquina, que no esperaba

de Isabel. Solo intenta mantener la paz, pensó Angharad. Eso es algo loable.

“Entonces no tenemos nada más que decirnos,” respondió la Lady Ferranda con rigidez, guardando su espada. “Es mejor que nos separemos rápidamente.”

“Si así prefieres,” Augusto Cerdan encogió los hombros. “Una lástima que los modales de Remund fueran tan deficientes como para alejarte.”

Angharad apretó la mandíbula. ¿Habrá algo en toda Vespero que lograra que los hermanos dejaran de enfrentarse? Ferranda despió cortésmente a sus compañeros infanzones, incluso a Isabel, e ignoró por completo a sus sirvientes. Solo se animó al acercarse a los otros, diciendo adiós con amabilidad a Song y Brun antes de volver su atención a Angharad.

“Su ayuda fue muy apreciada, mi señora,” dijo Ferranda, colocando una mano en su corazón y haciendo una ligera reverencia.

Angharad no conocía ese gesto, pero lo imitó con facilidad.

“No fue nada,” respondió ella.

“No fue así,” afirmó Ferranda con firmeza, “y no lo olvidaré. Espero que podamos encontrarnos de nuevo en la Prueba de las Ruinas y compartir camino por un tiempo.”

“Lo espero con entusiasmo,” dijo Angharad, creyendo cada palabra, pero inclinó la cabeza ligeramente. “No quiero ofender, pero ¿están seguros de que ambos deberían partir solos?”

“Hace tiempo que me preparo para estas pruebas, mi señora,” afirmó la otra mujer. “Créame cuando le digo que estoy completamente segura.”

Entonces, no deseo suerte a ustedes, que la necesitarán, sonrió Angharad, “pero que la bendición de los dioses los acompañe.”

Ferranda pareció sorprendida.

“¿Eres Universalista?”

“Al igual que la mayoría de los Pereduri,” estuvo de acuerdo Angharad. “Los Redentores nunca lograron muchos conversos entre nosotros.”

Las religiones pueden tener el mismo origen y creer en el mismo Dios Durmiente, pero las duras creencias de los Redentores siempre le hicieron sentir incómoda. Su insistencia en que Vespero era una prueba del Dios, quien no otorgaba bendiciones ni ayuda, y que los demonios y los abismos eran instrumentos inherentes al mal, le parecían abominables. La fe Universalista, que sostiene que el Dios Durmiente se dividió en todas las formas, excepto en los demonios, y que todos volverían a él al despertar para ser juzgados por sus acciones, le parecía una verdad más amable y profunda.

No que un Sacromontano supiera mucho de ninguna de las dos creencias. Su ciudad se encontraba en las antiguas tierras centrales del Segundo Imperio, el territorio donde nació la Ortodoxia. Los lieganos habían extendido su fe por todo el mundo, convirtiendo a la mayor parte del mundo conocido, pero dado que Malan había sido solo una provincia lejana del imperio, había sido poupada del mandato del credo imperial. Aunque, hoy en día, la Ortodoxia no era tan ortodoxa. Tianxia y los Someshwar reclamaban ambas ser la sede de la fe desde la caída de Tarteso, llegando a enfrentarse en guerras ocasionales por ella.

“Debí haberlo sabido por la falta de sermones soberbios,” resopló Ferranda, pero pronto su diversión se desvaneció.

Fue reemplazada por una chispa de duda, antes de que la expresión de la rubia se endureciera.

“Una advertencia,” susurró en secreto. “Isabel ya ha perdido lo que vino a buscar a esta isla, y ahora pondrá su atención en otros premios.”

“No entiendo,” frunció el ceño Angharad.

“No es una opción que ella tenga intención de considerar,” dijo la dama Ferranda, sin malicia.

Sin más preámbulo, la otra mujer le ofreció una inclinación y se apartó con decisión. Angharad quedó allí, intentando no abrir mucho la boca, tanto por la detención de su flirtación con Isabel como por lo inesperado y muy poco sutil de la advertencia. Y, además, innecesaria. Poco esperaba que el matrimonio surgiera de un vínculo que todavía ni siquiera había comenzado, y ni siquiera se había atrevido a imaginarse unirse en la Guardia junto a la hermosa infanzona. Isabel no parecía hecha para aquel tipo de vida. No, su romance —si es que llegaba a florecer— acabaría en las pruebas y se convertiría solo en un dulce recuerdo. La cortesía de Lady Ferranda, intentando proteger sus sentimientos, era admirable, pero ella no tenía expectativas que pudieran herirla. Angharad aún luchaba por aceptar la rapidez de todo, cuando Song y Brun llegaron a su lado.

“Una mujer muy cortés,” comentó Brun, mirando a las dos que se alejaban.

Su tono era aprobatorio. Lady Ferranda y su hombre de confianza se dirigían hacia el este, hacia la ruta que supuestamente conducía hasta las montañas y la segunda prueba que allí aguardaba. La Prueba de las Ruinas, así la llamaron. Los cerdanos varias veces insinuaron que era una especie de laberinto.

“Y astuta,” musitó Song. “Esperó a que todos los demás se fueran para separarse de nosotras.”

Angharad la miró, estudiándola con atención.

“Crees que ella quiere que los demás piensen que todavía está con nuestro grupo,” dijo lentamente.

“Una pareja sola sería vulnerable,” afirmó Song. “Pero menos si nadie sabe que se fue por su cuenta.”

Vulnerable, pensó Angharad, ¿a quién?, pero conocía la respuesta. Simplemente no quería considerarla.

“Entonces, sospechas, como ella, que el asesino no actuó solo,” susurró. “Que hay quienes en nuestro grupo que cazarían a otros que participan en las pruebas.”

“Yo también sospecho lo mismo,” confesó Brun con franqueza. “Y, aunque no tengo pruebas, se me ocurre que Tupoc Xical se mostró complacido de que nuestro gran grupo separara caminos en tan malos términos.”

“También persiguió con ferocidad a Tristan,” comentó Song. “No sin fundamentos, pero eso avivó las llamas justo cuando comenzaban a apagarse.”

Angharad frunció el ceño, consciente de su comportamiento inapropiado al culpar también al aprendiz de médico. Era lógico, cuando se cometía un asesinato por falta de honor, buscar en qué lugar la honra se había aflojado; sin embargo, llegaba a admitir que su motivación no era solo esa. Le resultaba tremendamente embarazoso ver al hombre que había creído un alma bondadosa de pie junto a una mujer golpeada, con un arma de cobrador de deudas en la mano. Sentía como si hubiera aprovechado la situación en el barco, y su orgullo herido le impulsó a hablar. Su padre siempre le había enseñado, con lecciones de justicia, que solo una mente clara y un corazón frío podían dar lugar a la justicia verdadera.

Ojalá ella hubiera escuchado sus palabras en lugar de reírse pensando que encontraría una esposa capaz de gestionar la hacienda de Llanw Hall, justo como su madre había encontrado un esposo. No podía deshacerse por completo de la aguda réplica del Sacromontano. “Ahora mismo intentas hacerme daño,” había dicho, y ¿estaba equivocada? Angharad no había brandido una espada, pero ante los demás, una acusación era casi igual de peligrosa. Esa idea la carcomía, que aunque respetaba la letra de su juramento, podía haber infringido su espíritu. Y, por encima de todo, por un orgullo herido. Se sintió lo suficientemente culpable como para aceptar cuando Isabel propuso que el médico permaneciera en el grupo.

“Yo misma avivé las llamas,” confesó Angharad. “Fue una acción insensata, y no sé si le debo una disculpa, pero algo debe repararse.”

Otra deuda que marcar, una de tantas que parecía ir acumulando en estos días. Como un vagabundo ebrio, sumaba cuentas allá donde se desplazaba. Lo que daría por volver a casa, donde todo tenía sentido y su vida era un camino iluminado por delante, en lugar de la senda oscura en la que ahora tropezaba sin cesar.

“No diría que ha ganado mucho,” dijo Song, “pero esa es tu decisión.”

Angharad suspiró, obligándose a apartar esos pensamientos inútiles.

“Tupoc es peligroso,” terminó por aceptar. “Reclutó luchadores por una razón, y aunque no sé si buscaría enfrentarse abiertamente a otros, no creo que vacile ante la violencia si nos encuentra.”

“Ellos fueron hacia el este, rumbo a los bosques,” dijo Brun. “De todos los grupos, nosotros seríamos los menos propensos a toparnos con él.”

Era cierto: avanzaban en dirección norte-oeste, hacia el largo acueducto conocido como el Camino Alto. De lo que aún no sabía Angharad, ya que los infanzones habían sido demasiado reservados respecto a sus planes, pero pronto lo averiguaría. Le habían dicho que estaban cerca de la estructura, a solo media hora a pie. La partida de Lady Ferranda y la poca claridad sobre su propósito había dejado un aire sombrío entre todos, y al comenzar de nuevo su travesía, el ánimo era grave. Angharad tomó la vanguardia junto a Cozme Aflor, dejando la retaguardia a Song y Gascon. Brun, con un leve toque de humor, charlaba con la doncella pelirroja de Isabel, y parecía bastante encantado con ella.

Isabel, frente a ellos, se mantenía entre los Cerdán, con una sonrisa amable en el rostro mientras conversaban. Angharad solo podía preguntarse qué tan sincera sería esa expresión, considerando cómo los hermanos se habían enfrentado con mayor dureza desde el inicio del juicio. Sin embargo, mantenía la vista en el camino, vigilando posibles peligros, mientras la luz de la linterna que sostenía Cozme iluminaba el terreno ante ellos. Su compañero en la primera fila no era de silencios prolongados, y en poco rato decidió hablar.

“Qué pena cómo terminó en el campamento,” dijo Cozme con indiferencia. “Hubiéramos podido necesitarles.”

“Da la impresión de que las filas de nuestra compañía se han reducido,” comentó Angharad. “Lamento mucho haber contribuido a eso.”

Cozme soltó una risita.

“No creas que es una reproche, Lady Tredegar,” aclaró el anciano. “No sé si Tristan fue quien cortó la garganta del otro ratero, pero no me fiaba para nada de su manera de actuar. Siempre con algo en mente. No lamento dejarlo atrás.”

El anciano de cabello plateado suspiró profundamente.

“¿Y Yong ahora? Eso sí fue una pérdida,” dijo con pesar. “Ojalá supiera qué lo hizo marcharse.”

“Era un tirador hábil,” aceptó lentamente Angharad, “pero ¿por qué tanto aprecio? Tú también eres bastante preciso.”

“¿Sabes ese nudo que llevaba en la parte superior de la cabeza?” dijo Cozme, señalando hacia atrás, en su propia cabellera.

Angharad asintió.

“Es la forma en que los hombres de Caishen arreglan su cabello cuando van a la guerra,” explicó. “He trabajado con algunos de ellos antes, y son hombres duros, de los mejores en Vesper.”

Las lecciones de Angharad sobre Tianxia involucraban memorizar a las Diez Repúblicas de memoria, pero le tomó un momento en situar cuál era Caishen.

“La ciudad está cerca de las fronteras con Izcalli y Someshwar,” respondió. “Me enseñaron que allí casi no hay estación sin escaramuzas.”

“Más que escaramuzas, a veces,” añadió Cozme. “Hace unos veinte años, el raj de Kurin decidió que quería reclamar una porción de las tierras bajas, por lo que Caishen reunió milicias y mercenarios para hacerle frente. Pero eso se convirtió en un estancamiento duro, y un grupo de Señores Girasol llevó guerrillas más allá de la frontera para atacarlos bajo la bandera de la guerra de flores.”

“Eso suena...” comenzó Angharad, buscando la palabra adecuada. “Confuso.”

“Fue así,” gruñó Cozme. “Sangriento hasta el infierno también, y tomó casi una década antes de que la hemorragia parara.”

“¿Ganó Caishen?” preguntó ella.

“Las tropas de Kurin bombardearon un templo antiguo intentando expulsar a los de Izcalli, pero rompieron algo que no debían, y un enjambre de dioses ancestrales salió aullando,” explicó. “Empezaron a matar todo, así que la Guardia intervino y les ordenó regresar a casa hasta limpiar el desastre.”

Pensó Angharad que no era casualidad que los negroatañados tuviesen autoridad para imponer treguas temporales según los Acuerdos de Iscariote. Ni siquiera los Señores Girasol más sedientos de sangre querían que volviese a repetirse la devastación de las Guerras de Sucesión, aquellos días ruinosos en que reinos enteros se tragaban la Gloam mientras las grandes potencias luchaban con uñas y dientes por la hegemonía de Liorgan.

“Entonces piensas que Yong combatió en aquella contienda,” adivinó Angharad.

“Tiene un modo de actuar de veterano, y ya pasa de los cuarenta años,” respondió Cozme. “No puedo asegurarlo, pero apostaría por ello con monedas.”

Angharad no encontró motivo para dudar de su compañero, cuyas conversaciones habituales habían revelado que sus más de cincuenta años en Sacromonte le habían dotado de amplios conocimientos. No en el sentido aristocrático, con una educación formal, sino en la forma de un sirviente hábil. Conocimientos útiles, adquiridos en el campo.

“Sacromonte parece atraer a todo tipo de personas,” comentó Angharad. “Me imagino que a estos soldados de Caishen los conociste en el servicio de la Casa Cerdan, ¿verdad?”

“Solía trabajar bajo las órdenes del Lord Lorient, el tío de esos muchachos,” dijo Cozme con tono nostálgico.

Negó con la cabeza.

“No al propio Lord Cerdan, sino a uno de sus hermanos menores,” detalló. “Se encargaba de los asuntos de la casa en el Distrito Feria durante unos años, y allí contratábamos mano de obra. La guerra en Caishen acababa de terminar, por lo que el puerto estaba lleno de mercenarios sin dinero que llegaban a la Ciudad en busca de trabajo.”

Angharad aprobó la generosidad de los Cerdan al emplear a hombres tan desafortunados, recordando que los hermanos no representaban toda la Casa Cerdan. Los puertos orientales de las Islas solían llenarse de almas desesperadas provenientes de Izcalli en momentos en que alguna de sus guerras constantes se saldaba mal para un Señores Girasol, aunque Malan no trataba con tanta benevolencia a los exiliados. La mayoría terminaba reclutada a la fuerza en la armada de la Reina Alta o usada como mano de obra en los grandes astilleros.

Ambos mantenían una conversación animada durante toda la caminata, la noblewoman encontraba en el Maestro Cozme una compañía tan placentera como siempre. Era evidente que el anciano añoraba los días en que servía al Señor Lorient y albergaba la esperanza de regresar a su servicio tras las pruebas. La razón por la cual ya no estaba bajo el mando de Lorient Cerdan era algo que Cozme prefería mantener en la vaguedad, aunque Angharad sospechaba que había cometido algún error. Participar en las pruebas para proteger a los hermanos Cerdan debía ser su forma de expiar aquella equivocación, un acto de reparación digno.

La honra no era exclusiva de los nobles, se recordó Angharad.

Encontrar el Camino Alto resultó bastante sencillo hacia el final, pues la estructura se alzaba imponente sobre las llanuras. Al menos de treinta pies de altura, el acueducto era una larga fila de arcos que se perdían en la distancia—primero atravesando planicies, y probablemente incluso en los bosques lejanos más allá de ellas. Quizá, pensó Angharad, hasta las montañas. La piedra parecía desgastada por el tiempo y lisa al tacto, como pudo comprobar al aproximarse, y aunque no quedaba rastro de por qué parte del agua fluiría, la lluvia seguía acumulándose en la cima: a los pies donde comenzaban los arcos, el suelo era un lodazal maloliente. La noblewoman se detuvo en el borde, arrugando la nariz.

“¿Será obra del Primer Imperio?” preguntó Brun, acercándose a su lado.

No había notado que se acercaba. Qué ligero se movía, en ocasiones, el Sacromontano.

“Parece suficientemente antiguo,” coincidió Angharad.

No todos los vestigios del Primer Imperio eran máquinas prodigiosas. Los Antediluvianos dejaron también grandes obras de piedra, fortalezas, ciudades y cosas todavía más extrañas: torres escondidas bajo lagos, palacios equilibrados en acantilados e incluso puentes que cruzaban la mitad de un mar. Muchos de estos restos se habían deteriorado con el paso del tiempo, destruidos por guerras o por la erosión de las eras. Primero la Antigua Noche, que reinó durante un tiempo que solo los demonios conocían, y luego la Llegada de la Aurora, que anunciaba su caída cuando el último refugio del Viejo Mundo se escondió en las profundidades de Vespero. Desde entonces pasaron siglos hasta la Segunda Imperial, y más aún hasta hoy. La curiosidad fue interrumpida por Isabel, que con dulzura convocó a todos a reunirse, y los infanzones finalmente estaban listos para revelar su plan.

Solo entre los hermanos Cerdan e Isabel encontró que Song permanecía allí, desplegando un pergamino bajo la luz de una linterna que Gascon sostenía en alto. Todos se acercaron y Angharad inhaló profundamente al ver lo que revelaba el mapa que mostraba el Tianxi: un plano. Espiritus, no era de extrañar que los infanzones hubieran sido unánimes en su deseo de que ella participara. Angharad se había preguntado por aquella tan inusual cohesión. Ansiosa por entender mejor su situación, la Pereduri se acercó más. Aunque era un trabajo tosco, nada comparable a los mapas marítimos de Malani, el contorno del Dominio de las Cosas Perdidas era evidente. Habían llegado por el extremo sur de la isla, a un lugar llamado Muelle Lodoso, y seguían la ruta hacia el norte.

Atravesando bosques sin nombre, ahora estaban en una llanura que llegaba a la orilla del oeste, pero que se adentraba en un bosque más denso hacia el norte y el este. El bosque al norte cruzaba un gran río, sobre el cual había dos puentes, y más allá se levantaban las montañas y un fuerte marcado como la Prueba de las Ruinas.

“Quizá algunos se pregunten por qué los hemos llevado hasta el Camino Alto,” dijo Lord Augusto a todos. “Ahora es el momento de que reciban sus respuestas.”

Él señaló el mapa de Song, tocando con su dedo el aire por encima de la delgada línea gris que formaba el acueducto en el mapa. La línea iba directamente al norte, paralela a la ruta, atravesaba bosques y río para terminar contra la ladera de una montaña.

“El nombre es, sin duda, el más adecuado, ves,” le dijo con una sonrisa el mayor Cerdan.

“Subiremos al acueducto y lo utilizaremos como una vía elevada que atraviesa media isla, acercándonos en tan solo horas al Juicio de las Ruinas sin poner en riesgo nuestra integridad.”

“¿El acueducto está intacto en toda su extensión?” preguntó Brun, con escepticismo.

Una duda merecida, pensó Angharad, si los dos habían acertado al sospechar que la Vía Alta fuera obra del Primer Imperio. Su mirada se apartó del mapa y se dirigió hacia los altos arcos. No solo eran de una altura imponente, sino que la superficie lisa, desgastada por el clima, no ofrecía un agarre adecuado para quien intentara escalar. ¿Cómo podrían siquiera alcanzarlos?

“Existen tramos que se han desplomado,” reconoció el Lord Augusto, “pero contamos con medios para cruzarlos.”

“Supongo,” dijo lentamente Angharad, “que también disponen de equipos para trepar, ¿no? Lograrlo requerirá algo más que cuerdas y valor.”

No había visto equipos de escalada entre las bolsas de los infanzones, aunque tampoco había buscado con intensidad. Augusto Cerdan esbozó una sonrisa irónica, afilando las líneas duras de su rostro.

“Contamos con algo mucho mejor,” afirmó.

Su hermano se adelantó, con Remund presumiendo bajo la atención que le brindaban. Con una sonrisa arrogante, apartó sus rizos negros y los escondió bajo ese ridículo sombrero emplumado que insistía en portar. La moda de Sacromonte dictaba que un lado del ala del sombrero debía

sujetarse a la corona, cuestión que le parecía incomprensible; al contrario que un tricorne, ni siquiera protegía la cara de la lluvia. Satisfecho de captar la atención de todos, Remund Cerdan exhaló y empezó a trazar en el aire con su dedo. Por un momento, Angharad pensó que podría estar usando un Signo, pero en realidad dejó un rastro de luz espesa.

“Un Contrato,” pensó ella. El más joven Cerdan finalizó con un movimiento decidido de la muñeca, formando un pequeño círculo de luz con un agujero que apuntaba al cielo. Antes de que alguien pudiera preguntar sobre la utilidad de aquello, Remund se quitó dramáticamente el sombrero y lo colgó en la luz, como si fuera un gancho. El sombrero y la luz permanecieron suspendidos en el aire, causando la sorpresa de varios presentes.

“Haré una especie de escalera que irá hasta la cima,” anunció el Señor Remund. “Mi poder puede sostener peso suficiente para un hombre adulto y sus bolsas, si lo concentro adecuadamente.”

“Eso es impresionante,” admitió Angharad con sinceridad.

“Pero no es un poder sin defectos,” añadió el Lord Augusto con rapidez. “Nunca permitas que tu carne toque eso, o se quemará.”

El hermano menor le dirigió una mirada dura, claramente furioso.

“No te molestes, Remund,” dijo Isabel, tocándole el brazo suavemente. “Hemos acordado decirles a nuestros compañeros todo lo necesario, ¿verdad? Nadie quiere un accidente.”

“Fue mi secreto para revelar,” insistió el más joven Cerdan, aunque la dureza en su mirada había desaparecido.

Él suspiró, recuperando su sombrero un instante antes de que la luz sólida se apagase. Angharad lo observó cuidadosamente, buscando una señal de un precio, pero no encontró ninguna visible. ¿Sería su pacto igual al suyo, ligado a un acto solemne e irrompible? No había profundizado en la historia de los espíritus, pero recordaba que solo los antiguos y poderosos eran capaces de tales cosas. La Fisher era uno de esos, tan antigua como las costas rocosas de Peredur y suficientemente poderosa para formar un cuerpo, aunque aquello no era tan raro. Sacromonte, con todo su brillo menguante, albergaba algunos grandes espíritus del Segundo Imperio – los Manes, pensaba que se llamaban.

“Nos llevará no más de cuatro días llegar a la Prueba de las Ruinas, manteniendo un ritmo razonable,” anunció Song, cuidadosamente enrollando su mapa. “Llevamos raciones y agua suficientes para llegar sin necesidad de reabastecimiento.”

“El santuario en las montañas provee alimento y agua para todos,” les dijo el lord Augusto. “Nuestras necesidades serán satisfechas.”

Los infanzones conocían mucho de las pruebas, y no era un secreto la razón. Isabel le había confesado abiertamente durante una de sus caminatas que la mayoría de las casas nobles conservaban registros del Dominio de las Cosas Perdidas para su propio uso, aunque la Guardia prohibía trazar mapas durante las pruebas, por lo que cualquier dibujo debía hacerse después y de

memoria. El propio mapa de Song, de calidad superior, debía haberle sido vendido por un guardablos, y así era prueba de la astucia de Tianxi. No hubo objeciones a la planificación que los infanzones habían revelado, con razón, y sin más preámbulo comenzaron los preparativos para la ascensión: Remund Cerdan, con guantes gruesos, empezó a forjar escaleras con su contrato.

O al menos eso pensaba él, pero Angharad las encontraba más cercanas a una pendiente ascendente. Solo atendió notar que el infanzón sólo dibujaba círculos, nunca otras formas, aunque variaran de tamaño, y parecía tan reacio a tocar la luz sólida con su carne desnuda como otros lo estarían. El lord Augusto supervisaba a los sirvientes mientras Song y el maestro Cozme mantenían vigilancia, permitiéndole a Angharad disfrutar de la compañía agradable. Isabel se acercó sin que le pidieran, y ambas se armaron de valor, contemplando a Remund Cerdan poner en marcha su contrato.

Isabel había dejado hacía tiempo su vestido de brocado por ropa más práctica, similar a la de sus doncellas, aunque seguía siendo tan favorecedor para su figura como el anterior. Una chaqueta larga sobre una blusa y un corpiño de satén amarillo conducían a unos pantalones cortos y medias a juego, asegurados a la cintura con un cinturón ancho, mientras que por debajo las medias desaparecían en botas que llegaban hasta la rodilla. Al dejar las joyas, la infanzona había añadido un toque de distinción con un sombrero de fieltro de ala ancha, con una inclinación descarada. Los ojos de Angharad se quedaron en el delicado corpiño bordado y en la cintura delgada que lo rodeaba con tanto cariño.

“¿Es tan interesante mi corpiño, Lady Tredegar?” bromeó Isabel.

“Podría estar mirando tu pistola, Lady Ruesta,” respondió con facilidad, sonriéndole de vuelta.

Era un pequeño relicario incrustado de perlas, lacado con tanta intensidad que no se podía distinguir qué madera había debajo.

“Eso sería decepcionante,” dijo Isabel. “Quizá lo habría elegido pensando en ti.”

Fue un esfuerzo no toser avergonzada, pero Angharad no era una niña, y ya había jugado a este juego antes. Sentirse enamorada solo la mantendría a la defensiva por un tiempo.

“Entonces deberías haberme enviado por mí,” respondió con ligereza. “¿No es acaso mi deber ayudarte a ponértelo?”

Los ojos verdes de Isabel brillaban entre la diversión, mientras unos dedos pequeños pellizcaban la costura del costado de Angharad debajo de su abrigo.

“Eso es atrevido,” reprochó la infanzona con poca vehemencia.

“Si esa es tu petición,” replicó Angharad con tono sarcástico, “haré mi mejor esfuerzo por cumplirla.”

Los labios de Isabel se curvaron en una sonrisa.

“Había pensado en invitarte a dar un paseo conmigo esta noche,” dijo, “pero empiezo a pensar que estaré en peligro.”

Angharad le sostuvo la mirada, ofreciendo una sonrisa traviesa.

“De alguna manera, no creo que te importaría probar un poco... de peligro.”

Las mejillas de Isabel se sonrojaron, sus ojos se abrieron con sorpresa, y miró tímidamente a un lado. Resultaba muy gratificante aprender esa sonrisa, pensó Angharad, pues Thalente Cindi la había usado para persuadirla de acostarse con él, y no era la primera vez. Su padre la había sorprendido practicándola frente al espejo, lo cual fue mortificante, aunque nada comparado con lo que luego le había aconsejado para perfeccionarla. Consejos sorprendentemente útiles, además, que le hicieron sospechar que quizás su madre no había sido tan quien perseguía en ese cortejo, como siempre había afirmado. La repentina certeza de que nunca volvería a hablar con su padre, ni verle más en la vida, ni escuchar a su madre besarle el cuello con cariño mientras conversaban sobre esto y aquello, la golpeó como un disparo en el estómago.

Ella tragó saliva con dificultad, Isabel giró para lanzarle una mirada de preocupación al escuchar el sonido. Angharad se obligó a mantener la calma, apartando el dolor. No podía permitir que el pasado la alcanzara, pues podría devorarla por completo. Adelante, siempre adelante, hasta que encontrara su venganza y, finalmente, pudiera permitirse llorar.

“¿Estás completamente bien?” preguntó Isabel en voz baja.

“Yo... extraño mi hogar,” respondió Angharad finalmente, manteniendo una verdad precisa. “Sería difícil volver.”

Isabel tomó su mano y la apretó con consuelo.

“La dificultad no dura para siempre,” dijo la infanzona, luego su voz adquirió un tono cadencioso. “Todas las cosas van y vienen, todo lo que fue, será: un círculo cerrado sin fin.”

Palabras de ortodoxia, pero amables. Ella buscó en ellas el poco consuelo que podían ofrecer, y su mirada volvió hacia Remund Cerdan, quien terminaba su trabajo. Había trepado para trazar los círculos de luz con sus dedos, y ahora estaba a un paso de alcanzar la cima del acueducto. Su criado Gascon sostenía una linterna desde abajo, cuyos rayos revelaron una escena que dejó a Angharad completamente paralizada. La piel de Remund era pálida como la leche, y durante un latido de disgusto creyó que el hombre se había vaciado, convertido en un ser oscuro, pero no fue así. Sus movimientos eran extrañamente rígidos, y se dio cuenta de que su piel ya no era piel: parecía haber mutado en marfil. Incluso sus ojos se habían tornado pálidos. La noble se estremeció en incomodidad al observarlo.

“No es bonito,” coincidió en susurro Isabel. “El Portador de la Rectitud tiene gustos retorcidos, aunque sus dádivas sean poderosas.”

“¿Es un Mane?” susurró Angharad.

Isabel soltó una risa.

“No, nada tan impresionante,” respondió la hermosa de cabello oscuro. “Es un dios del templo, venerado lo suficiente como para tener uno construido en el Antiguo Alcázar. Fue una jugada que Remund lograra captar su atención.”

Con su trabajo finalizado, Cerdan se dirigió desde lo alto del Camino Alto y desapareció en la oscuridad, quizás esperando no haber sido visto. Su hermano mayor ordenó a los sirvientes comenzar a subir las bolsas, mientras Gascon y las doncellas Ruestas se turnaban para traérselas, cubriéndose las manos con trapos para evitar quemaduras, lo que ralentizaba aún más la labor. Angharad e Isabel se despidieron con poca complicidad cuando llegó su turno; la infanzona se colocó guantes de cuero ajustados para facilitar su ascenso. Desde arriba empezó a conversar con Remund, mientras una de sus doncellas ayudaba a cargar las bolsas que la otra traía.

Con la mitad del trabajo realizado, Brun fue enviado con sus propios asuntos y Song fue retirada de la guardia, siguiendo la sugerencia de Isabel, quien consideró que era una cortesía para aliviar el resentimiento provocado por las maneras altaneras de los Cerdan. Angharad decidió acompañar a Maestro Cozme, menos interesada en ver cómo Augusto Cerdan aseguraba de forma mezquina que sus propias bolsas fueran traídas primero por los sirvientes. Lo encontró sentado sobre una piedra, vigilando las llanuras a su alrededor.

La luz de la linterna solo alcanzaba hasta cierto punto, pero aquí fuera los destellos del firmamento ofrecían una vista privilegiada, en una forma que no tenían en el bosque. La fría luz de las estrellas ciclónicas, esas grandes maravillas antediluvianas, brillaba como puñados de diamantes dispersos en un mar oscuro. Sin embargo, por más hermosas que eran, era el mordisco en forma de luna creciente de las lunas del sur, fragmentos de Resplandor que se filtraban por fallas en las máquinas del firmamento, en las que los navegantes confiaban para orientarse. A diferencia de las estrellas, su desplazamiento no seguía el paso de los años, aunque las mareas invisibles dictaban la intensidad de su luz.

—¿Casi hemos terminado?—preguntó Cozme con actitud despreocupada.

Ella miró hacia atrás.

—Aún queda más de un tercio de las bolsas—dijo Angharad—. La mayoría de provisiones. Las bolsas de Lady Isabel fueron las primeras en subir.

No era de extrañar, considerando que Lord Augusto había decidido el orden. Seguía allá abajo con la doncella de cabello oscuro y su criado, disfrutando del ejercicio de su autoridad.

—Por supuesto—suspiró Cozme Aflor, frotándose el puente de la nariz—. Al menos con Mistress Song allá arriba, tenemos—

Un grito los interrumpió, ambos atrapados en la misma instantánea mirada por el sonido. Song gesticulaba furiosamente, señalando hacia su izquierda. Cozme se puso de pie en un instante, con la pistola en mano, y Angharad alcanzó su sable, aunque no había nada allí. ¿Qué había visto Tianxi?

—¿Qué demonios es lo que está gritando?—murmuró Cozme, mientras recogía su farol.

Jugando con el obturador para abrirlo más, soltó una maldición cuando éste se atascó y comenzó a tirar de él. Song volvió a gritar.

—¡CORRE!

De repente, el obturador se abrió de golpe, la luz saltó hacia adelante revelando a un lupino aturdido, a solo tres pies de donde había habido aire vacío hace un momento. El brazo de Angharad se movió mientras su mente se paralizaba, cortando a través de los ojos del lemure. La criatura gimió, justo antes de que Cozme disparara detrás de ella y ella se volteara lo justo para ver cómo la sangre de otro lupino salpicaba la hierba. Fue entonces cuando los vio: hilos de sombra en el césped, deslizarse invisibles en su dirección. Apenas comenzó a contarlos antes de caer en un miedo ciego: había docenas, quizás incluso un centenar, convergiendo desde todos lados. Los Pereduri atraparon su pánico antes de que la dominara, arrebatándole el farol de las manos a Cozme.

Él maldijo, pero ella ya lo arrojaba detrás de ellos. La luz giró y rasgó el velo que ocultaba a los lupinos tras ellos, aturdiéndolos por un momento, igual que a los otros.

—Corre—susurró, y ellos obedecieron.

Ella emprendió una carrera desenfrenada, golpeando a ciegas cuando algo se abalanzó a sus talones, viendo cómo la gorra de ala ancha de Cozme volaba al girar para cortar los ojos amarillos ardientes. Pronto alcanzaron el farol que ella había lanzado, mientras los aullidos llenaban el aire, la manada emergía de la nada y, delante, vio a una de las doncellas de Isabel subiendo por los anillos de luz sólida, seguida por su criado, gritando mientras quemaba sus manos en la prisa. La distracción le costó, con Angharad resbalando en la hierba, pero Cozme la agarró del brazo y la mantuvo en pie. Se escuchó un disparo desde la cima del acueducto, el farol en su espalda explotando en una bola de fuego pálido cuya luz creciente hizo que los lemures aullaran de dolor.

No desperdiciaron el don de Song y corrieron todo lo que pudieron, con las piernas ardiendo. Angharad estuvo a punto de resbalar en el barro al llegar al suelo junto a las últimas bolsas, provisiones que sabían tendrían que abandonar. Ya el Lord Augusto subía por los anillos de su hermano, gritando a su criado que se apurara, y había espacio justo para que otro intentara seguirlo. Angharad y Cozme intercambiaron una mirada breve, luego ella hizo un gesto para que él fuera. Ella habría escapado por ahí, si no fuera por su ayuda. Al menos, podía devolver esa deuda. Se volvió para afrontar la embestida, espada en mano, y respiró lentamente.

La luz de las linternas abandonadas trazó un anillo fantasmal a su alrededor, la oscuridad más allá era tan delgada que, cuando el poder superior que había ocultado a los lupinos liberó su dominio, pudo ver a toda la horda. Una docena la rodeaba lentamente, examinando la tinta negra en su hoja, y el doble de ellas se dispersaba alrededor. En ese momento, vio al monstruo detrás de todo ello. Hubiera pensado que era una colina en el horizonte si no se hubiera movido. Grande como un carruaje, el lemure en forma de lobo apoyaba pesadamente en sus patas delanteras excesivamente grandes, con la enorme boca en su rostro sin ojos repleta de dientes como cuchillas. Sin embargo, el horror no residía allí: estaba cubierto de quistes bulbosos y heridas

abiertas, de las cuales brotaba una suppuración negra y repulsiva que los lupinos casi lamían como si fuera leche materna.

El Shadow tembló por su pelaje al hacerlo, fundiéndose con la oscuridad, y Angharad vomitó ante la escena. Su repugnancia fue relegada a un segundo plano cuando el temor tomó su lugar; su mirada errante fue suficiente para incitar a los lemures a atacar. Los monstruos de ojos amarillos arremetieron contra una docena al mismo tiempo, con agujijones óseos que retumbaban como una tormenta en su carrera. Se escucharon tiros desde arriba, derribando a dos mientras los demás proyectiles fallaban, pero Angharad mantuvo la vista fija en el enemigo. Se quedó quieta, atisbando adelante.

(Saltó, desgarrándole la garganta mientras otro le hamstringaba y el resto se abalanzaba sobre su cadáver)

Agazapada sin perder un instante, dejó que el lupino cayera en el lodo mientras atravesaba con su cuchilla el hocico del que estaba a su izquierda. Girando sobre sí misma para volver a ponerse en pie, robó otra mirada.

(Garras en su espalda, ladrándole a sus talones desde atrás, una masa como una marea que la inclinaba hacia un lado.)

La precisión en todas las cosas, se dijo a sí misma. Así como la avispa mata al león. Movimiento medido, usando su giro para retroceder de modo que el lupino que le rasguñaba la espalda tropezara con el que gateaba fuera del lodo para morderle los talones. Manos en alto, equilibrando el peso para recuperar el apoyo justo a tiempo para hincar la cuchilla en el hocico del primer lupino en la marea. A partir de ahí, fue un caos, demasiado rápido y brutal para poder ver claramente. Garras le rasgaron el costado, atravesando su abrigo y su camisa, y golpeó un cráneo con la corpulenta poma de su sable, además de hendir el flanco de un enemigo con su cuchillo. Otra descarga desde arriba, y otra más cercana: Cozme había recargado mientras escalaba.

Y justo cuando había llegado, la marea se retiró de repente, dejando cadáveres de lupinos esparcidos por todo el círculo de luz, mientras los supervivientes huían de regreso hacia la oscuridad. Angharad, jadeando, sintió cómo la mezcla purulenta de sangre, sudor e ichor resbalaba por su piel. Ya se estaban congregando otra manada, y aún mayor.

“¡Sube!” gritó Isabel. “Antes de que sea demasiado tarde.”

Sin ganas de enfrentarse a otra refriega en la que probablemente no sobreviviría, los Pereduri se movieron hacia los círculos. Aunque podía percibir claramente que eso no sería suficiente, Gascon estaba cerca de la cima, pero el criado había dejado caer la tela que cubría sus manos y sus dedos estaban cubiertos de quemaduras negras, con los ojos enrojecidos por las lágrimas. El señor Augusto había escalado parcialmente con él, pero no podía avanzar más, ya que los círculos no soportarían el peso de dos hombres, y aunque Angharad pudiera acercarse a Cozme, ello la dejaría a unos pocos metros del suelo. Los lupinos la arrastrarían en cuestión de momentos. Song disparó nuevamente su mosquete, haciendo explotar un farol en una llamarada pálida para dispersar la manada que se acercaba.

Solo quedaban dos.

“¡Una cuerda!” gritó Angharad. “Lanzad una cuerda, subiremos por el lateral.”

“Entonces dejarán de disparar para cubrirnos, ¡tonto!” exclamó Augusto.

Pero Brun, que Dios lo bendiga, escuchó su indicación en lugar de la de Cerdan. En cuestión de momentos, colgaba una cuerda del borde, y aunque sería necesario un esfuerzo para alcanzarla, Angharad no fallaría. Vio en su mente la caída, se ajustó el ángulo, y supo que tendría tantas oportunidades como necesitara.

Song volvió a disparar, otra linterna les compró un tiempo precioso.

“Mierda,” maldijo Cozme, mirando hacia atrás. “La criatura grande viene. ¿La cuerda podrá soportar a los dos?”

Si esa bestia llegara, Cozme tampoco estaría lo bastante alto para salvarse.

“¡Isabel!” gritó Angharad. “Tú y tus doncellas, ayuda a Brun.”

¿Cuatro personas en la cuerda, sería suficiente? Tendrían que arriesgarse.

—Debería serlo —dijo Angharad con una certeza que en realidad no sentía—. Yo iré primero, intentaré atraparte.

Otra detonación, se apagó la última linterna y ella exhaló lentamente. La luz se desvaneció y el bulto golpeó contra el suelo, avanzando a toda velocidad. Era hora—una screams, arriba—y Angharad contuvo la respiración al ver a Augusto Cerdan retorcer la daga que había clavado en la espalda de su criado, lanzando al lloroso hombre mayor al suelo. Gritando de triunfo, el infanzón trepó hacia la seguridad, con Cozme justo detrás. Angharad miró atrás por un instante, viendo una mandíbula de lobo cerrándose en el rostro de Gascon, y sintió que algo se alzaba en su interior. La siguió tras Cozme, con el círculo de luces extinguiéndose tras ella, y aunque una de las lemures saltó justo a tiempo para casi alcanzarla con su bota, logró escapar a tiempo.

Pocos incluso intentaron alcanzarla, el grupo abalanzándose sobre Gascon como perros hambrientos y desgarrándolo en pedazos.

Tomando la mano de Song y permitiéndose ser levantada sobre el acueducto, Angharad exhaló con dificultad, temblando. Pero aún no había terminado, no todavía. Limpió su espada en el costado de sus pantalones y la volvió a sheathear, luego dirigió su mirada a la maraña de infanzones preocupados. Aunque el grupo aullaba abajo, merodeando a los pies de los arcos como perros hambrientos, Angharad avanzó con determinación. Cozme captó su semblante y trató de detenerla, pero ella lo esquivó y asestó un golpe con todas sus fuerzas: su palma impactó en la mejilla de Augusto Cerdan, con tanta fuerza que cayó al suelo. Escuchó el clic de un revólver apuntándole por la espalda, pero lo ignoró mientras todos comenzaban a gritar y a desenvainar sus sables.

Mientras la furia y el miedo luchaban en el rostro del mayor Cerdan, ella lanzó la vaina vacía a sus pies.

—¿Estás loco? —comenzó él—. Yo—

—Augusto Cerdan —interrumpió Angharad con fría calma—. Te declaro una vergüenza ante todos los que vean, un cobarde sin honor. Recoge esa vaina y desafíame en duelo cuando pase el peligro, o deja que tu corazón sirva como sustituto.

El desafío fue lanzado en un Antigua limpio y claro, marcando las dos opciones que se abrían ante el traidor cobarde. Podría dejar que la ejecutaran por sus hechos, aquí y ahora, o recoger la vaina y aceptar un duelo cuando llegaran a un lugar seguro. Cozme todavía tenía un revólver apuntándole por la espalda, pero Angharad no flaqueó al enfrentarse a los oscuros ojos del infanzón traidor. No podía ver detrás de ella, donde quizás el honor de otros habría muerto, pero los suyos propios no tenían discusión. Un largo momento pasó, con todas sus vidas en juego en la respiración del Dios Durmiente, mientras los lobos aullaban a su alrededor, hasta que finalmente Augusto Cerdan tomó una decisión.

Recogió la vaina y terminó su doble muerte con ella.